

RAÍCES HISTÓRICAS DE LA DIÁSPORA ITÁLICA

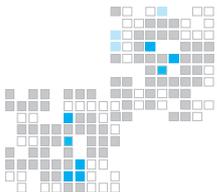
Hipótesis y conjeturas para cimentar las bases de un acercamiento comunicativo hacia la historia y la memoria colectiva. Premisa indispensable para la construcción social de un futuro de paz entre los humanos.



Giovanni Bechelloni

■ Nacido en Florencia, es profesor y periodista. Docente en la Facultad de Ciencias Políticas Cesare Alfieri de 'Sociología de los procesos culturales y comunicativos', así como de diversos cursos de postgrado relacionados con la comunicación y la cultura. Fue director del Instituto de Sociología "Gino Germani" de la Universidad de Nápoles (1982-1984). Es presidente de Hypercampo, fundación para el estudio de la comunicación y de los medios. Coordinador del proyecto europeo sobre la industria audiovisual 'Eurofiction'. Ha sido profesor visitante de las Universidades europeas de Kassel, Dijon, Londres, Manchester y Autónoma de Barcelona; las norteamericanas de Texas en Austin, San Diego, Wisconsin, Michigan, Harvard, Filadelfia y Berkeley; las canadienses de Vancouver y Laval, además de las de Santiago de Chile, São Paulo, Sydney y Jerusalén. Es autor, entre otros libros, de: *Giornalismo o post-giornalismo*, Nápoles: Liguori, 1995; *Televisione come cultura*, Nápoles: Liguori, 1995; *Television fiction and Identities* (con M. Buonanno), Nápoles: Los Angeles: Ipermedium, 1997; *Diventare italiani Coltivare e Comunicare la Memoria Collettiva*, Nápoles: Ipermedium, 2001; *Svolta comunicativa. Verso un nuovo paradigma della comunicazione?*, Nápoles: Ipermedium, 2001

■ E-mail: g.bechelloni@mclink.it



RESUMEN

Este artículo es parte de una investigación continuada que se encuentra sustentada por datos secundarios, sobre la extensa historia (aproximadamente tres mil años) de personas italianas – definidas como itálicas, nombre de los antiguos habitantes de la península italiana e islas aledañas en el tiempo de la Roma antigua – y en datos primarios colectados entre las personas de origen italiana, localizadas en el mundo entero y principalmente en el nuevo mundo de las Américas y Australia. El abordaje usado es comunicativo, objetivando los diferentes tipos de medios de comunicación en función de tiempo y espacio, en las esferas públicas y privadas. Los primeros resultados parecen coherentes con la hipótesis de la existencia de un tipo de artefacto cultural – llamado de *italicity* – que puede producir fructíferas producciones en función de la generación de relaciones de interculturales pacíficas.

PALABRAS-CLAVE: DIÁSPORA ITÁLICA, INMIGRANTES, RELACIONES INTERCULTURALES.

ABSTRACT

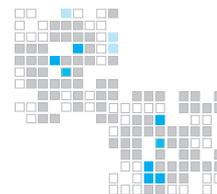
This article is part of an ongoing research which is based as well on secondary data about the long history (about three thousand years) of italian people – defined as Italics, the old name of inhabitants of italian peninsula and islands in the time of ancient Rome – and on primary data collected among italian origin people located all over the world and mainly in the new world of both the Americas and Australia. The approach used is communicative, looking at different kinds of communication media across time and space, in the private and in the public spheres. The first results seem coherent with the hypothesis of the existing in the long run of a sort of cultural artifact – called *italicity* – which is able to produce fruitful outputs in the direction of generating peacefull intercultural relations.

KEY WORDS: ITALIAN DIASPORA, INMIGRANTS, INTERCULTURAL RELATIONS.

RESUMO

Este artigo faz parte de uma pesquisa contínua que é baseada tanto em dados secundários sobre a história longa (aproximadamente três mil anos) de pessoas italianas – definidas como itálicas, nome dos antigos habitantes da península itálica e de suas ilhas no tempo da Roma antiga – como em dados primários coletados entre pessoas de origem italiana localizadas no mundo inteiro e principalmente no mundo novo das Américas e Austrália. A abordagem usada é a comunicativa, olhando para tipos diferentes de mídia de comunicação por tempo e espaço, nas esferas públicas e privadas. Os primeiros resultados parecem coerentes com a hipótese da existência no final das contas de um tipo de artefato cultural – chamado *italicity* – que pode produzir produções frutíferas na direção de relações geradoras de paz intercultural.

PALAVRAS-CHAVE: DIÁSPORA ITALIANA, IMIGRANTES, RELAÇÕES INTERCULTURAIS.



Léxico nuevo, ideas nuevas

Las ideas son nuevas porque nacen de un inédito punto de vista, que podríamos denominar revisionista si la palabra no hubiese asumido, en el debate periodístico e historiográfico italiano, un significado ideológico, positivo o negativo, según los esclarecimientos políticos o de las escuelas de pensamiento. No me detendría más de lo necesario sobre tales cuestiones definitorias si no me fuesen claros.

Los riesgos que se corren de ser malinterpretados son claros. E igualmente claros son los riesgos que se corren si se inventan nuevas palabras o se recurre a un léxico ultra especializado.

Por otro lado, siendo mi intención la de ser entendido no sólo por los especialistas y por los estudiosos (que, normalmente, arrugan la nariz) sino también por los estudiantes y por los lectores comunes, escojo usar un léxico y una construcción sintáctico-gramatical que esté lo más cerca posible a la lengua “laica”, a la lengua de uso cotidiano. Aclarando, donde lo considere necesario, en el texto o en nota, el significado especial o nuevo que eventualmente atribuyo a las palabras que uso.

El sentido de la historia profunda

Las sociedades contemporáneas ultra modernizadas, fuertemente influenciadas por las dinámicas acelerantes activadas por la televisión y por los nuevos medios de comunicación tiende a aplanarse sobre el presente y a alimentar fenómenos de modas pasajeras que a su vez favorecen los procesos de movilidad y de individualización. Hasta el punto de producir fenómenos de anomia y de relativo aislamiento respecto a los vínculos y límites que hasta hace no mucho tiempo derivaban de los legados intergeneracionales y de la fuerte orientación al conocimiento de la historia. Consecuencia ésta de la impostación, por largo tiempo prevaleciente, clásica y humanista, de las escuelas y de las universidades en la mayor parte

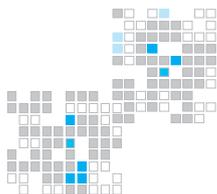
de los países industriales del Occidente. Y de Italia quizás más que de cualquier otro país.

La historia y las tradiciones, los cuentos y las fábulas familiares alimentaban la memoria colectiva que constituía un fuerte término de comparación para la comprensión del presente y para alimentar, de vez en cuando de maneras demasiado mecánicas (sobre la estela de la ideología del progreso ininterrumpido de la matriz del siglo XIX), las expectativas de futuro. La historia en este sentido, ha sido considerada, al menos desde el Renacimiento en adelante, *Magistra Vitae*.

Para comprender mejor el sentido de nuestras palabras, la carga de nuestras hipótesis y de nuestras provocaciones intelectuales, es necesario pensar no sólo en lo que la historia puede hacer por nosotros, contribuyendo a iluminar nuestro presente, sino también a aquello que nosotros, apoyándonos en nuestras experiencias del mundo presente (concebido como, bien o mal, un punto de llegada un desarrollo de sucesos del pasado), podemos elaborar para interrogar a nuestro pasado, nuestra existencia histórica del pasado, iluminarla de una luz diferente construida desde el punto de vista que ahora nos ocupa y nos caracteriza. Para reconstruir una historiografía, una memoria colectiva y una historia, diferentes a las que nos han sido entregadas. Más útiles para vivir el mundo que nos es contemporáneo y para ayudarlo a generar futuros posibles y vivibles.

En el transcurrir de este trabajo, por eso, sugeriré recorridos interpretativos diferentes a aquellos canónicos. Recorridos que he comenzado a poner a prueba en mis trabajos precedentes cuando hablé significativamente de “Desenvolvimiento” (comunicativo), de “convertirse” (italianos y ciudadanos del mundo), de “equivocaciones” (juegos) para aludir no sólo a un cambio de punto de vista y de prospectiva sino también de procesualidad y de complejidad.

En particular quisiera salir de los cánones de una historiografía tributaria de interpretaciones que no vuelven comprensibles los sucesos histó-



ricos italianos. A partir de la larga duración – una de las más extensas en absoluto – de la existencia histórica de los italianos (casi tres mil años). Una larga duración que tiene en su haber no pocas realizaciones de primera grandeza que querrán decir algo también ellas, no solo en términos de patrimonio a ser conservado en un museo o para cultivar en un jardín (el celebre “jardín del Imperio” de dantesca memoria).

La historiografía me parece prisionera de un cientismo y de un ideologismo exasperados y exasperantes, que producen efectos devastadores. Sobretudo en la línea de síntesis (y divulgación), de reconstrucción general del sentido que la existencia histórica de un pueblo y de un territorio no sólo han tenido en varios momentos del pasado sino que pueden continuar teniendo, por los ciudadanos, por la élite y el conjunto de la población.

Me choca la co-existencia entre dos actitudes mentales opuestas que se cogen alrededor nuestro y en los medios de comunicación: Por un lado la devaluación de nuestras páginas históricas que me parecen extraordinarias y por el otro lado la estática adoración de páginas de otros francamente casi ilegibles (para nosotros, habitantes del presente y preocupados por el futuro a generar) por causa de su primitivismo simplista.

El punto de vista desde el cual he comenzado a observar, a leer y re-leer páginas de nuestra profunda historia, está constituido no solo de nuestro presente, por nuestra experiencia de las cosas presentes sino también por la historia de otros pueblos, de otras culturas y de las huellas que la existencia histórica (y las historias que fueron recogidas y escritas) que han dejado o dejan entorno a nosotros, dentro de nosotros, en la memoria individual y en la memoria colectiva. Como se podrá leer en un capítulo relacionado (el segundo de la Segunda parte) trato de reconstruir el sentido profundo de la existencia histórica de los italianos desde un punto de vista relativamente inédito. Un punto de vista comunicativo. Sobre

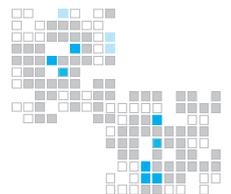
la provisión de la primera monografía construida sobre la base de ese punto de vista. Aquella elaborada por Todorov para contar el descubrimiento de América como encuentro con el otro (Todorov, 1992). Y sobre la provisión de las reflexiones y de las hipótesis desarrolladas en la segunda edición de mi pequeño volumen *Svolta comunicativa* (Bechelloni, 2002).

A la luz de estas consideraciones, hablar de italianos como riqueza del mundo es posible solo si abrazamos y tomamos en consideración, la historia larga de los italianos. Para poderlo hacer, sin reproponer a los estereotipos de raza o de sangre, de etnia o de nación, de civilización o de régimen, debemos cumplir una operación intelectual más sofisticada, que es posible solo en un contexto de análisis comparativo (a lo largo de las dos dimensiones canónicas del tiempo y del espacio) y de análisis comunicativo.

Tratando de responder a preguntas de este tipo: ¿Cuándo y cómo ocurrió el poblamiento de ese territorio, así netamente definido en el espacio, constituido por una península y de una constelación de islas, que luego asumirá el nombre de Italia?

¿Cuáles medios de comunicación estaban disponibles para favorecer aquel poblamiento? ¿Cuándo se da inicio a la existencia histórica de los pueblos que habitan aquel territorio? Y así sucesivamente.

Se puede entender ahora porqué pretendo hablar de los italianos como riqueza del mundo con “orgullo patriótico”; pero no con orgullo “nacionalista”. La palabra “patria” que hoy viene siendo utilizada solo en el contexto de un argumento construido por el advenimiento de los estados nacionales tenía y tiene un significado más antiguo al cual pretendo referirme: aquel ligado a un territorio, a la tierra concebida y conceptualizada como “tierra de los padres”. Sin aludir, necesariamente, a una descendencia de sangre. Hay padres (y madres), en sentido específicamente cultural, todos aquellos que han habitado antes que noso-



tros el territorio y lo han convertido en matriz de existencia histórica.

El orgullo patriótico, por lo tanto, es orgullo por lo que nuestros padres – las generaciones que nos han precedido – han hecho. También por nosotros que vinimos después y que podemos inspirarnos con su ejemplo, inspirarnos por sus obras. La referencia a los padres, por lo tanto, no es una referencia machista y no es necesariamente para mí una referencia a la sangre o al orden político (mucho menos a la estatal nacional), más bien al necesario legado que tenemos y que debemos cultivar, construyendo y comunicando una memoria individual y colectiva, con la generación de los padres, de los antecesores, de los penados de romana memoria.

El uso de la palabra “patria” conlleva, para mí (y para nosotros en cuanto nos sentimos italianos por los especiales vínculos que tenemos con la tierra que habitamos) a otras palabras importantes de aquella civilización romana o itálica de la cual provienen nuestros paisajes, nuestras memorias, nuestro buen nombre: pietas, virtus.

Esto que he apenas formulado no es un argumento que puede valer para todos los pueblos y para todas las culturas porque no es verdad que todos los pueblos y todas las culturas tienen un pasado como el nuestro, que ha dejado huellas tan visibles y tan excelsas alrededor de nosotros, en el mundo. Es por este motivo que otros pueblos han construido un diferente tipo de legado con el propio pasado. Legados que pasan a través de la sangre, la raza o la etnia, la relación de esclavitud con la tierra. Nosotros italianos, en origen, ¡somos pueblo de mar y no de tierra! “Condenados”, por eso, a la movilidad, a la curiosidad, a la juventud!

Pero lo que he estado diciendo contiene otra toma de posición. La que está contra el paradigma dominante del estado nacional, entorno al cual se ha construido la narración histórica de la Reforma y de la Contrarreforma, de la modernidad y de la modernización, del nacimiento del capitalismo

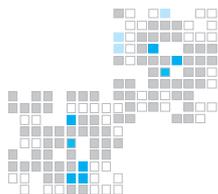
y de la revolución industrial, de la civilización occidental y de la libertad de los modernos contrapuesta a la de los antiguos.

Una narración que me parece, al menos en parte, perturbadora. Y seguramente desvalorizante de la específica existencia histórica italiana, de la contribución que los seres humanos que han habitado la península y las islas italianas han dado. A partir de los Etruscos y de Magna Grecia para llegar a Roma Republicana – Imperial, a la Roma católica y, por último, a través de la Sicilia Árabe y normanda, las Republicas marinas, los distritos y las Señorías – lugares todos abiertos al génesis de la nueva modernidad – que triunfa en el Renacimiento, que es, dicho sea de paso renacimiento de las clases greco – romanas, en tantas de sus específicas configuraciones. Que no por nada alimentan las seminales reflexiones y las obras de los grandes italianos de la época: desde Marsilio Ficino en Pico della Mirandola hasta los insuperados Machiavelli y Guicciardini.

Educación para la paz. La lección de la diáspora itálica

Si vis pacem para bellum decían los Romanos. “Si quieres la paz prepara la guerra”. Podríamos hoy decir, parafraseando y completando: “si quieres la paz educa para la paz”, como dijo el Papa Juan Pablo II el 1º de Enero del 2004, en ocasión de la “Jornada mundial de la paz”. Añadiendo que “sirve un nuevo orden mundial”.

El destino del mundo, el futuro de la especie humana, el futuro de la historia o, mejor aún, de la existencia histórica, se juega hoy sobre la interpretación como para dar a los tres imperativos que arriba he transcrito; evocando la autoridad carismática de un gran Papa y de una gran Historia: 1) para bellum, 2) educar para la paz, 3) construir un nuevo orden mundial. Lo he hecho porque considero que las tres contraseñas, si así podemos llamarlas, no sean para considerarlas en oposición entre ellas sino más bien complementarias, interdependientes.



Los Romanos sintetizaban su programa de acción política en dos palabras claves: VIS et LEX, Fuerza y Ley. Si queremos la paz, como todos (¿o muchos?) Hoy parecen converger en el proclamar – con la debida e importante excepción de aquellos (los radicales y fundamentalistas islámicos y otros) que declaran querer la “guerra santa” y coherentemente actúan para realizarla en varias partes del mundo – si queremos la paz, por lo tanto, no podemos, ingenuamente, pensar que baste decirlo, proclamarlo, gritarlo por las calles y en las plazas.

Como dice el Papa es necesario educar para la paz. Y todos nosotros, que escuchamos o leemos la palabra del Papa (que parece, al menos desde el punto de vista de su vocación para la paz), sabemos que no podemos desconocer, que la acción educativa no es empresa de poca consideración; cualquiera sea el objetivo que la acción educativa se proponga.

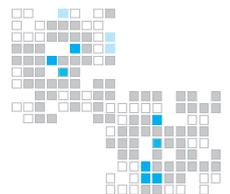
Para educar es necesario disponer de recursos intelectuales humanos (cognoscitivos, discursivos y persuasivos) que puedan dislocarse en el espacio y en el tiempo. Recursos que van individualizados, formados y finalizados, respecto a un objetivo - la paz, la paz universal – que hasta ahora, en el marco de 5 a 6000 años de existencia histórica, nadie no solamente no ha logrado conseguir, sino que ni siquiera se lo ha propuesto seriamente, con el gran despliegue de recursos y con la mirada de la constancia y determinación que son y serían necesarios.

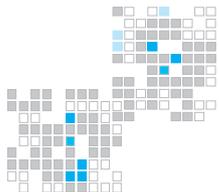
Si queremos educar para la paz, por lo tanto, debemos contemporáneamente pensar en proteger a los educadores de la paz (¡y a los educandos!) de la prepotencia y de las agresiones de aquellos que no tienen intención de querer la paz. Sirven, por lo tanto, sea la LEX (orientada en la dirección necesaria para emerger, construir, un nuevo orden mundial) como la VIS (la fuerza necesaria para impedir que los malintencionados contra nosotros – educadores y constructores de paz – nos destruyan, nos impidan educar para la paz).

Educación, Ley y Fuerza no pueden andar juntos, a no ser que entre ellos sean complementarios e interdependientes. Para realizar las etapas necesarias para conseguir el objetivo final y difícil que es el de conseguir la paz, la paz universal.

La primera etapa esta constituida por la posibilidad de alcanzar un consenso siempre más amplio sobre las causas de la violencia y de las guerras. Un gran antropólogo, René Girard, considera haberla individualizado en el deseo mimético, en la envidia destructiva. Un gran sociólogo, Norbert Elías, considera que el proceso de civilización es portador de una drástica reducción de la violencia. Un gran historiador, Ernst Nolte, considera que la sistemática negación de la voluntad de la mayoría silenciosa por parte de la minoría ruidosa pueda llevar a una guerra civil mundial todavía más destructiva que la guerra civil Europea que ensangrentó Europa (y una parte del mundo) durante casi todo el siglo XX. Las tres teorías podrían ser colocadas entre ellas como complementarias y convergentes. Es necesario activar un gran trabajo teórico que puede encontrar puntos de referencia en muchos otros autores que se han interrogado o se están interrogando sobre la naturaleza humana y su existencia histórica.

La segunda etapa está constituida por la activación de un gran y coherente proyecto educativo para el desarrollo de competencias interculturales. Educar a la interculturalidad es premisa preliminar e indispensable para educar para la paz. Reconocer que la interculturalidad no es un slogan fácil sino significa darse cuenta de los tantos y sofisticados conocimientos que son necesarios para reconocer al otro, al extranjero que está lejos de nosotros, así como al que está cerca de nosotros o, inclusive, que está dentro de nosotros. Como nos han enseñado los grandes pioneros que en primer lugar se han cimentado con la ardua tarea de “conocerse a sí mismos”: Sócrates y Platón, Séneca y Marco Aurelio, San Agustín y Plotino, Marsilio Ficino y Montaigne, Rousseau y Stendhal, Freud y Jung.





Reconocer al otro es el punto de partida para aprender a comunicar, a convocar al otro al diálogo, a la relación, a la acción en común. Educar para el desarrollo de competencias interculturales o multiculturales, significa educar para la construcción de una especial y sofisticada cultura de la comunicación. Significa educar para aceptar el mundo y su complejidad.

La tercera etapa es la que nos interesa más de cerca. Se vuelve una especificación operativa de las primeras dos etapas y, al mismo tiempo, una condición de posibilidad, una palanca para dar inicio, una toma de conciencia heurística y de responsabilidad histórica, es el trabajo de búsqueda-acción y de política cultural necesario para activar los recursos congruentes al inicio de las primeras dos etapas aquí individualizadas.

La tercera etapa esta sombreada por un trabajo pionero. La idea de fondo, que se debe explorar empíricamente y que se encuentra conceptualmente articulada para convertirse en triunfadora tanto política como operativamente, está conectada a la larga duración de la existencia histórica de los italianos y al carácter polimorfo y abierto de la identidad itálica.

Hija de diásporas antiguas – las etruscas y fenicias, griegas y celtas – que dieron vida a la existencia histórica de las originales configuraciones híbridas de las civilizaciones antiguas de Italia (las de Etruria, de la Magna Grecia y de Roma), la identidad itálica ha continuado alimentándose, en un proceso de perenne cambio – adaptación a las contingencias históricas, con las nuevas diásporas que llegaron o partieron del espacio geográfico que tan claramente define a Italia desde el inicio de su existencia histórica. Una península y muchas islas inmersas en el centro del Mediterráneo, el mar que ha sido crisol de lenguas, culturas y religiones por más de tres mil años, aunque también de tensiones, conflictos y auténticas guerras “fraticidas”.

A diferencia de otras diásporas, y sobretodo de la hebréa que dio origen y base empírica al

nombre, la diáspora itálica nunca salió de Italia, drástico empobrecimiento del territorio originario, en la cual se constituyó entre el Octavo y el Segundo siglo antes de Cristo.

Italia fue, desde el inicio, tierra de diásporas. Entrando y saliendo. Y las razones y motivaciones, de tales diásporas no fueron negativas. Los procesos migratorios, en llegada o salida, se activaban, en la mayoría de los casos por razones positivas, si así podemos y queremos llamarlas. No todos, obviamente. Por ejemplo los esclavos que los Romanos se llevaron como “presa de guerra” de los cuatro ángulos de la tierra de entonces, no vinieron ciertamente por su propia voluntad. Y, aún más, la mayor parte de estos, que frecuentemente eran segmentos significativos de las clases dirigentes de los respectivos países, se asentaron en Italia, se volvieron libres (ciudadanos romanos antes y fieles católicos después) y se dedicaron a la agricultura o al artesanado, a las cartas o a las armas. Se volverán administradores y mercantes, navegadores y marineros, predicadores y misioneros, confesores y consejeros de príncipes y gobernantes, escritores y músicos...

Mucho trabajo de excavación y búsqueda queda por hacer para eliminar de los datos históricos todas las incrustaciones que se han estratificado por voluntad de los vencedores y por razones ideológicas, o a causa de estereotipos negativos, de caída de la memoria o de otras formas de prejuicio. Durante el largo régimen de Roma muchos itálicos se diseminaban en las muchas regiones del Imperio por las más variadas razones (militares y civiles) y se asentaban establemente. Al contrario, en la época de las así llamadas “invasiones bárbaras”, segmentos más o menos amplios de poblaciones de origen celta y escandinavo, germánica y eslava, se asentaron establemente en Italia, italianizándose.

Y desde el inicio, si se debe hacer caso a los mitos, a las leyendas y a los testimonios (que según Rene Girard son siempre más verdaderos de lo que comúnmente se piensa), una característica

de estos flujos de población en entrada y en salida del territorio itálico ha sido la de dar vida a matrimonios mixtos. Este es un dato muy importante para reconocer y valorizar positivamente una tradición social que, en cambio, por siglos ha sido considerada negativa y estigmatizada en tantas formas (algunas de las cuales están todavía presentes en nuestra cultura modernizada). En este sentido, el viejo proverbio popular “moglie e buoi dei paesi tuoi” (esposa y buey de los pueblos tuyos), no sería tanto el indicador de una realidad efectiva cuanto de una prescripción, de un comando, cuya existencia estaba, justamente, justificada por la relativa abundancia de matrimonios mixtos (que es, muy aparte, una realidad bien radicada en las culturas del Mediterráneo).

Del año Mil en adelante con el renacimiento de muchas ciudades italianas, cuya presencia se había ofuscado en la segunda mitad del primer milenio d.C., se inicia una diáspora conectada al desarrollo de los comercios y de las navegaciones. Florentinos y Seneses; Luqueses y Pisanos; Amalfitanos, Venecianos y Genoveses se mueven con sus naves y con sus caravanas diseminando en el mundo asentamientos constituidos por mercantes y banqueros, marineros y juristas, predicadores y consejeros, artistas y músicos, artesanos y cultivadores.

Y, viceversa, extranjeros vienen a Italia. Por motivos religiosos (los peregrinajes hacia Roma renacida como capital de la catolicidad) y por razones militares y políticas.

Italia tierra de diásporas. Y por este motivo

lugar de encuentro y de mezcla de las culturas, de hibridación y de contaminación. Una mezcla que dio origen, en el tiempo, a un especial *genius loci*. Que debería ser mejor explorado, cultivado y comunicado.

En el trabajo de búsqueda empírica y de conceptualización teórica que ha sido iniciado es importante captar la apertura intelectual hacia la construcción de un diferente y más intrigante punto de vista con el cual mirar la historia de Italia y la identidad itálica.

A la luz de la actual configuración de los conflictos ideológicos y militares que desgarran el mundo, lo que hasta ahora había sido observado y conceptualizado en términos negativos puede ser reconceptualizado en términos positivos. La experiencia italiana se vuelve una gran reserva de recursos, intelectuales y prácticas, que pueden ser utilizadas en clave pedagógica (una pedagogía por la interculturalidad) y en clave política (una política realista por la paz).

Palabras como emigraciones y diáspora, interculturalidad y paz, identidad e italicidad, historia, existencia histórica y memoria colectiva vienen redefinidas y asumen nuevas valencias heurísticas, se vuelven capaces de abrir nuevas puertas al conocimiento de la larga duración de los procesos históricos italianos y de itálicos en un contexto de procesos de mundialización que tienen raíces alargadas. Sea para buscar nuevas y diversas evidencias empíricas, sea para interpretar diversamente hechos, eventos y procesos bien conocidos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BECELLONI, G. *Il silenzio e il rumore*. Destino e fortuna degli itálici nel mondo. Roma-Firenze: Mediascape, 2004.

_____. *Equivoci giochi*. Lo stile cognitivo di un artigiano delle parole. Roma-Firenze: Mediascape, 2003.

_____. *Diventare cittadini del mondo*. Comunicazione e cosmopolitismo responsabile. Roma-Firenze: Mediascape, 2003.

_____. *Diventare italiani*. Coltivare e comunicare la memoria collettiva. Segunda edizione accresciuta, Napoli: Ipermedium,

2003.

_____. *Svolta comunicativa*. Sette lezioni. Segunda edizione accresciuta, Napoli: Ipermedium, 2002.

ELIAS, N. *Reflections on a life*. Cambridge: Polity Press, 1994.

GIRARD, R. *Origine della cultura e fine della storia*, Milano: Cortina, 2003.

_____. *A violência e o sagrado*, São Paulo: Paz e Terra, 1998.

NOLTE, E. *Esistenza storica*. Fra inizio e fine della storia, Firenze: Le Lettere, 2003.

